



## MARCHA HACIA LA ESCLAVITUD

El mundo no puede estar sometido a dos amos. Tarde o temprano, o, porque el uno jugando mejor sus cartas diplomáticas y financieras logró imponer su voluntad o, porque sencillamente se rindieron a las manos y el uno venció y el otro fué vencido, lo cierto es que la tierra parece marchar, inexorablemente, a la dominación bajo un amo universal.

Hasta 1929, la tierra había vivido bajo la dominación del comerciante internacional que, a cambio del manejo de todos los negocios del universo, dejaba a los pueblos cierta libertad mental, política y aún económica. Pero las tremendas crisis que llevaron a la quiebra ese mundo, han demostrado que si no se impone una regulación al universo, peligra la seguridad; de los negocios seguros. Aquel comerciante internacional que, en un mundo aleatorio de negocios, pudo efectuar pingües ganancias, para luego sucumbir, víctima también él de la suerte, ahora quiere regularlo todo para que la seguridad sea perfecta.

La guerra fué ganada por la seguridad, esto es por la mecanización al minuto de grandes masas humanas. Luego la paz también será ganada por la seguridad. Y en eso se está. Cuando se considera la exactitud maravillosa con que Estados Unidos ideó y llevó a ejecución el monstruoso programa de producción de pertrechos bélicos, para la tierra, el mar y el aire, el transporte de esos mismos pertrechos a todas las zonas de combate, diseminadas en los cinco continentes, y su utilización sincronizada en los frentes de batalla — poderosa, descomunal maquinaria bélica, ideada en los gabinetes de los técnicos y volcándose luego, aplastante, por todas las rutas del planeta — puede uno imaginarse qué resultados de infalible seguridad podrá ofrecer también un planeamiento

de toda la actividad mental, económica y política de todos los pueblos de la tierra. ¿Quién será capaz de alterar esa seguridad tan mecánicamente asegurada?

Luego, de la aplicación estrictamente ajustada de esos planes, elaborados por los "managers", saldrá la ciudad universal de la seguridad, la ciudad paradisíaca, donde gozaremos de todo bien sin mezcla de ningún mal. Y el mal es el mortífero "nazifascismo", que será eliminado hasta en sus últimos y recónditos restos. Nada entonces de pensamiento tradicional, que es regresión y barbarie; nada de costumbres familiares, locales, nacionales que son anacrónico atavismo; nada de economía nacional y de política de soberanía porque ello es nacionalismo exagerado, racismo, fascismo y nazismo. No. Todos los pueblos abiertos, en la fraternidad universal, para que entren la abundancia, la prosperidad, el progreso. Eso sí, dentro de la seguridad. Seguridad en la producción y distribución de las materias primas, de los artículos manufacturados, de los transportes, del comercio, de la inmigración y del trabajo; seguridad en la difusión de las ideas y de los sentimientos en la prensa, la radio y el cine; seguridad en la conducción política de los pueblos. Seguridad para bien de todos y en manos de uno, para bien de todos, tendrá a su disposición la fuerza que asegure la Seguridad.

La esclavitud será perfecta. Pero será libremente consentida y aceptada. ¿Acaso no es bueno ceder un poco de los propios derechos cuando se siguen tan copiosos bienes? Y las masas se moverán en ese medio viscoso, "regulado", sin violencias, sin necesidad de hacerse fuerza, porque tendrán toda cuanto necesiten para "no pensar";

porque allí nadie sentirá necesidad de conocer la Verdad y de amarla. Cada uno tendrá todo lo necesario para quedar eternamente en la condición de un ser inferior y mecanizado. He aquí adonde está entrando la humanidad, al amparo de la Libertad y de la Democracia: La esclavitud universal, bajo un solo amo.

Mientras tanto los promotores de esta bienaventurada servidumbre se indignan ante los presuntos o reales crímenes de épocas pretéritas, o no tan pretéritas, cuando todo el esfuerzo de los gobernantes, aún con medios coercitivos, necesarios a veces, se encaminaba a sacar al pueblo de esa situación de embrutecimiento progresivo y llevarle a un estado real de cultura y de libertad. Indignación farisaica que no deja de justificarse luego, los crímenes de las guerras religiosas desatadas por la Reforma Protestante, y los de la impía Revolución Francesa o Soviética, a los del comunismo en España y México, o el bochornoso asesinato de Mussolini. Es que, en realidad, lo que les indigna no es el crimen, ¿Cómo puede indignarse del crimen aquel que no ama la verdad, cuando el diablo que es padre de la Mentira, es llamado también homicida? Lo que les indigna es todo esfuerzo eficaz por levantar a los pueblos de ese estado de inferioridad real a que una propaganda morbosa sistemática los ha reducido.

Es que, en realidad, esa mentalidad de ingeniero, con que pretende solucionar los problemas humanos lleva al crimen de reducir los pueblos a esclavos y a la mentira de narcotizarlos con la propaganda sistemática para que se crean libres.

Los pueblos tendrán seguridad, pero no tendrán paz. Porque la seguridad es producida por la máquina y la paz engendrada por la Vida.

NUESTRO TIEMPO

NUESTRO TIEMPO: Marcha Hacia la Esclavitud. — Enjoría de Pasilánimes. — Corrección Inglesa. — TRULY YOURS: Respuesta a Agnate Cámara. — JULIO MEINVELLE: Unidad de la Civilización Cristiana. — SANTIAGO DE

34

ESTRADA: Pentecostés. — DIN: Al Pasar... L. DE LEMEN: Balada de la Luna de Marzo. SANSOYO: Vida y Milagros. — FRANCISCO S. FORNIELLS: Dibujos. — JUAN A. BALLESTER PENA: Vida.



## EUFORIA DE PUSILANIMES

Quando se produce la caída de los grandes, los mediocres se dan el gusto ilusorio del triunfo. El ideal del pusilánime sería una humanidad rala, pelada, lisa como la palma de la mano. Por eso el mito de la *Igualdad* y por elocente contradicción, también el mito de la *Persona Humana*, son enarbolados por los hombres pusilánimes asociados en ese fenómeno social monstruoso que se denomina democracia liberal.

El mito de la igualdad constituye la expresión social, de lo que en el plano psicológico personifica la mediocridad.

El mito de la persona humana es la encarnación del resentimiento de las pequeñas personalidades, contra las grandes personalidades. Estos dos mitos contradictorios, son dos buitres que la democracia liberal lleva prendida en sus entrañas, y por los cuales necesariamente debe morir. Es interesante cómo se traduce esta contradicción ideológica interna en la realidad práctica. Por un lado, el mito de la persona humana funcionando en el orden concreto, significa lo que Ortega y Gasset resume cuando dice que "las almas tienen diferente formato", lo que implica, el reconocimiento de una subordinación entre las personas, jerarquía, o sea negación de la igualdad. Por otro lado, actuando en la realidad vivida, el mito de la igualdad representa la liquidación de las grandes personalidades, porque de realizarse una igualdad entre los hombres, es imposible lograrla sobre el tipo más elevado; la única manera de llevarla a cabo es, talar las cabezas que sobresalen nivelando sobre el plano más inferior.

La contradicción que acabamos de enunciar mina al liberalismo en su mismo interior. He aquí porque los pusilánimes que personifican todo este mundo de cosas, desaparecerán pudriéndose por dentro. Su desaparición del escenario es obra del tiempo, puesto que el pusilánime por su misma mediocridad no se encontrará nunca entre la espada y la pared, y si llegare a caer en manos del magnánimo, es perdonado por la sustancial insuficiencia que representa. El magnánimo como encarna lo heroico, lo contra corriente, la creación, suele terminar entre la espada y la pared, y si tiene la desgracia de caer, en manos del pusilánime es trucidado sin piedad, precisamente por la alta suficiencia que representa.

Ante la caída de Mussolini, "el más grande hombre político de la Europa contemporánea", según Gonzaga de Reynold, el liberalismo pu-

silánime, exhumado en las personas de esos ancianos politiqueros, arruinados y ensombrecidos por la gran figura, hace hoy su última mascarada en el escenario político de Italia. La presencia de esta gerontocracia aparentemente rediviva, no tiene sentido ya en la dialéctica historia, no engrana con vigencia vital en el devenir de los acontecimientos: no es más que un fantoche agitado por el comunismo en trance de efectividad omnipotente.

El derrumbe de este "magnánimo", de este hombre con misión creadora, de este elegido "a natura", para gobernar hombres, ha provocado el regocijo enfórico de los pusilánimes, de aquellos para quienes vivir es seguir la corriente y estar bien.

Pasará algún tiempo todavía, hasta que una perspectiva adecuada permita medir la obra mussoliniana. A medida que los acontecimientos alargen y extiendan la red de la historia, se irán viendo qué billos ha anudado y qué nudos ha desatado el fascismo. Por ahora tiene la palabra "la propaganda".

El júbilo por la caída de Mussolini es muy variado; constituye una gama de alegrías, que va, del alma humillada y resentida por la actuación del gran hombre, que aprovecha la hora de la venganza, hasta ese tipo especial de hombre que se alegra porque todo ha terminado según había sido previsto.

La pusilanimidad se ha arrojado sobre su pre-

sa. Llena los diarios, nutre las conversaciones estúpidas de los canallas, da aires teatrales a los speakers de la radio y se ha establecido en las mentes de muchos ponderables; abundan las descripciones literarias montadas sobre noticias traídas en alas de las más páfida de las propagandas; véase por ejemplo este cuadro dramático, cuyo libretto se encuentra en una revista de este capital: "...El cuadro es impresionante, del admirable cardenal benedictino... del admirable monacal apenas iluminado por un viva rojo, y del Duce postrado, rabioso, derribado de su trono... mientras la concubina lo aguarda afuera".

Magnífica filosofía de la historia la de estos pusilánimes. Mientras los hombres de talento, suspenden el veredicto definitivo por la magnitud de la figura, y sobre todo por la diabólica tergiversación de los acontecimientos que han rodeado el último período de su vida, los periodistas con sus fichas al hombro y el recuento de los chismes recogidos en los pasillos de las antecámaras, sueltan el veredicto definitivo. ¿Quién fué Mussolini? Un hombre afectado de doble perversidad: perversidad de la inteligencia y perversidad de la voluntad; más aún, fué también un neurótico; ¿quién lo dijo? Sin duda el que lo dijo debería estar en lo cierto, pues "tenía sus entradas en el Vaticano".

Las expresiones "serían más severas; pero ellas se detienen ante ese cadáver arrojado sobre un montón de basura, balcado, hecho pedazos, escupido". ¿Podrá decirse de un hombre algo más severo, luego de catalogarlo como pervertido de la inteligencia y de la voluntad, y, por añadidura, neurótico?

Nosotros no nos atrevemos a dar un fallo definitivo; pero sea esta nuestra última palabra sobre el asunto: contra el teorema histórico-político que afirma: "el fascismo ha muerto, no de las iras populares sino de su propia consistencia insuficiencia", (Criterio N° 895), tenemos fundados motivos para esperar que la auténtica historia repudiará esa tesis y confirmará esta otra: "el fascismo fué una gran obra de arte político y fracasó por la insuficiencia de un pueblo incapaz de encarnarlo, por culpa de la mediocridad y también por el sabotaje, conciente o inconciente de los que debieron "ver", o viendo hicieron como que no "veían".

La historia dirá, y sin duda los "escritores futuros", (pero los grandes escritores, no los gacettilleros) tendrán más lástima de las inmensas manadas de pusilánimes embriagados hoy por una euforia insensata, que por el gran caído, juzgado entonces por una auténtica filosofía de la historia. El presente nos entrega este único hecho: el desaparecido fué "un grande", los que se alegran hoy por su desaparición del escenario mundial, son las almas de pequeño formato.

NUESTRO TIEMPO



## AL PASAR...

Si. Al pasar y con puntos suspensivos en su sitio, en el buen lugar que le fijan la gramática y el sentido común, la normalidad del lenguaje y de la cabeza. Al pasar se ven las cosas en instantánea, se pesca el instante, se radiografía la eternidad. Preferimos la pose a la instantánea, más cargada de circunstancias, más rica de vida, más ligera y variada, menos imponente y más espontánea.

En la revista "...Antinazi", han pasado novedades, tener puntos suspensivos antes, no es el sólo privilegio de ese semanario del escarnio. Tiene también colaboradores de privilegio. Y directores tan sin privilegio que ahora se hospedan en Villa Devoto. Pero para nosotros la novedad está en enterarnos de su nombre, Luis

Koifmann. Así lo dice el editorial del N° 12, en su segunda línea que leímos al pasar... ¿Con que Koifmann había sido!

Los colaboradores, una larga lista, flanquean audaces el editorial apretados por un recuadro en medio luto. Cómo luce la "aliado de Dios", entre tantos varones de contra que no de pro, solo acompañado por una arguta margarita. La tenaz señora de Oyuela, con la inconciencia propia de su sexo y años, entona el canto triunfal de la victoria. Llevada de su frenesí adjudica a San Pedro de Roma la condición de templo milenario (ya ve doble) y corona su carrera de diátesis con esta afirmación de paranoico: "Desde el día en que Cristo... resucitó glorioso... no ha despertado el mundo a otro día de tanta gloria y ventura como este, el esperado día de la Victoria". ¡Pobre señora!

# RESPUESTA A AGUIRRE CAMARA

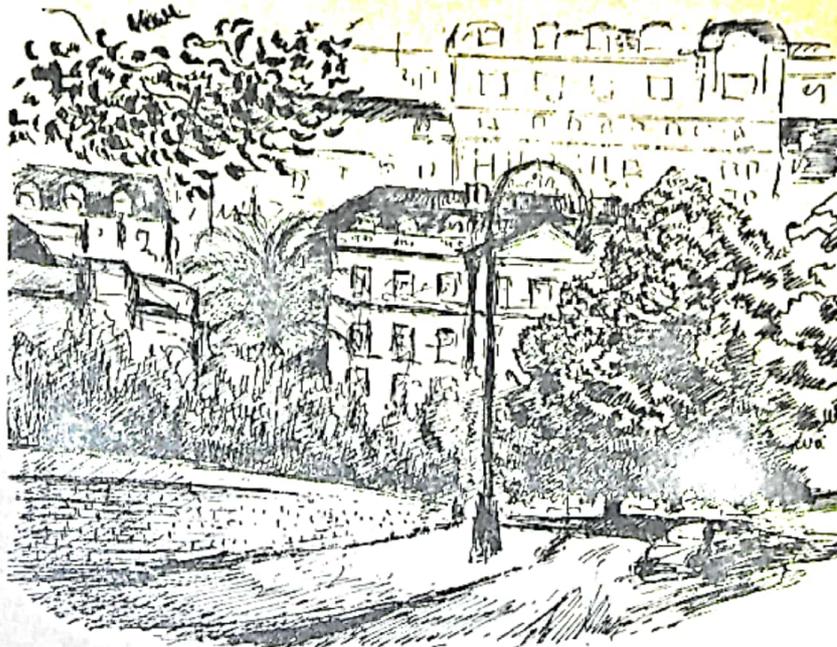
Una de las cosas que yo quisiera saber con seguridad sería si la Argentina es o no una nación católica. Esta es una cuestión muy importante, porque de ella dependen muchas otras. Por ejemplo, ésta: "¿Es conveniente que los judíos enseñen en las Universidades Argentinas?" y la siguiente: "¿Está bien que un judío enseñe a los argentinos Ética, Metafísica o Historia?" Si Vd. es semita o antisemita, tiene a mano la respuesta confeccionada. Pero yo no soy semita ni antisemita, antes bien estoy en contra de los semitas y en contra de los antisemitas; o por mejor decir, ellos están en contra mía. Eso no quita que yo vea con toda claridad que esta pregunta práctica: "¿Está bien que los judíos enseñen a los argentinos ética, metafísica o historia?" tiene una respuesta si la Argentina es una nación católica; y otra respuesta si la Argentina ha dejado de ser, de hecho y sustancialmente, una nación católica: pregunta absolutamente especulativa.

Entonces esta vendría a ser una pregunta filosófica, si es que yo entiendo bien lo que es filosofía. ¿Quién resuelve en la Argentina las preguntas filosóficas de los argentinos? De Francisco Romero acabo de leer en una revista yanqui que es "the philosophical leader mind of South America", la mente filosófica conductora de Sud América. No tengo ningún inconveniente que así sea, antes bien me alegraría mucho que la mente de Sud-América tuviese un conductor argentino; aunque confieso que por ahora mi preocupación más ingente no es la conducción de Sud-América. Pero es un hecho que a la susodicha pregunta, con otras mil que surgen cada día del mismo género, no contesta Francisco Romero.

Parecería entonces que le toca contestar a Monseñor Franceschi...

Abandonado a mis propias fuerzas, he respondido como pude para uso mío a la pregunta; a la cual vulgarmente se suele responder por la afirmativa, aunque ahora saltan muchísimas gentes respondiendo por la negativa; y algunos tan encarnizadamente que niegan hasta la misma pregunta y su presupuesto; es decir, que la Argentina sea una nación "tout court". Mi respuesta es sencilla, y no la voy a mezquinar ni adornar: **el pueblo argentino es católico, el Estado argentino no es católico hace ya mucho tiempo.**

Esta respuesta supone una posible separación entre el pueblo y estado, que es admitida co-



mo real o por lo menos posible por los más grandes publicistas o tratadistas políticos modernos. En esto no hay dificultad ninguna. De modo que la situación de la Iglesia Católica y el Estado argentino es la de dos caballos que galopan más o menos parejo, a veces pegados y a veces a los tirones, siempre estorbándose, pero sin que hasta ahora se hayan roto los tiros. O por mejor decir, la de un paralelogramo de fuerzas cuya resultante ni es católica del todo ni deja del todo de serlo, lo cual ha hecho creer a Aguirre Cámara que el actual Estado es un "estado clerical" y a Barrantes Molina, al mismo tiempo, que es un estado anticlerical. Ejemplos concretos que ilustran esta metáfora se pueden poner muchísimos...

Todo lo que es informe, es peligroso o dañino. Una nación católica con un estado no católico es una cosa informe y una Iglesia que juega sobre esa ambigüedad es peligrosa. Lo curioso del caso es que esta ambigüedad ya demisecular no daña solamente a la Iglesia, constituyendo una perenne tema de queja del diario "El Pueblo", sino también al Estado.

El profesor hugonote Siegfried, que nos visitó en 1932, dió después unas conferencias y escribió un libro sobre Sud-América, en donde

echa la culpa del atraso político de estas naciones a la Iglesia Católica. Según él, "los Estados Unidos son potentes y grandes" porque el protestantismo bautista o presbiteriano, al mezclar a los fieles en el gobierno de la Iglesia y mezclar los asuntos eclesiásticos y civiles, educa y entrena las vocaciones políticas y crea el interés civil necesario a una buena democracia; entanto que la Iglesia Católica y más la Española, poniendo al fiel de rodillas permanentemente ante la absolutéz del sacerdote infalible y bñzico, desanima de hacer política, y hasta de pensar en política incluso a los mismos cordobeses y hasta a los correntinos. Esto dijo Siegfried en la Sorbona. Por supuesto que yo no lo creí ni medio cuando lo escuché. Pero ahora me estoy tentando de creerlo en parte, en la parte empírica. Que se equivoque Siegfried en creer que la Iglesia Católica obra eso por su esencia. La esencia de la Iglesia es la predicación y la docencia, no la administración y la beneficencia. Pero podría obrarlo por caso si las cosas últimas dominaran o ahogaran las primeras, a lo cual podría dar lugar la situación que dije arriba de atadura estrecha con un Estado que ha dejado de ser católico. Si pues. Si la Iglesia argentina alojara en ser "columna y fundamento de la Verdad" como la definió Ireneo, para acudir a ser la "madrecita buena" que celebran los tangos argentinos, evidentemente que a la larga haría mucho daño a la misma sociedad política, privándola por omisión del ingrediente absolutamente necesario para poder producir una "revolución desde arriba"; lo único que hoy día puede impedir una "revolución desde abajo". Si esta vieja columna se vuelve toda de zánganos, pero sin obreras, sin reinas y sin acaudales, entonces es claro que deja de ser peligrosa. Pero comienza a estorbar y a estar de más. Suponiendo que fuera posible, por supuesto; estoy argumentando "per impossibile"...

—¡Ahí está! ¿Vé Vd.? ¿Vé como es verdad que la Iglesia se mete en política contra nosotros los radicales? no está confesando Vd. que ella debe hacer la "revolución desde arriba", que es justamente la dictadura y el nazismo?— dice Aguirre Cámara. ¡Pobre Aguirre Cámara!

Para juzgar a la Iglesia hay que ponerse en el plano religioso, que penetra todos los otros sin confundirse con ellos; y el ex-diputado radical la ve desde el plano político; que es como querer resolver con regla y cinta métrica un problema de geometría analítica.



El fraile Pacifico, s. y. que cambió de mano antes del 10 de junio, es menos maligno, por torpe, que el legítimo de marras. Acusa al fiscal eclesiástico de que no procede canónicamente contra nuestro Director por el hecho de haber tenido aquél dos abuelos italianos y uno alemán. Y pensar, al pasar, que los cuatro abuelos del P. McInvielle eran franceses. Entre abuelos anda el juego.

Confiesa que él, "pobre individuo de libro", se volvió soldado cuando comenzó la guerra. Es claro que soldado de libro y la emprendió contra la Bestia. El sabe que "en el principio era el Verbo y el Verbo es el Espíritu (sic) y que para expresar su alegría "pascual" debe cantar con el salmo "Voz de júbilo y de salvación hay en las tiendas de los justos". ¡Creemos que sobra el subrayado, soldado mínimo!

Claro que es un poquito feo analizar el entusiasmo ajeno; es como espiar una conversación de enamorados o fotografiar un éxtasis. Pero cuando están los entusiasmos escritos, la tentación de siquiera comentarlos, es fuerte. Gerchunoff se derrite, literalmente, en el primer artículo de "Antinazi" (qué desagradables puntitos invertidos y qué título bajuno) y explotó, naturalmente, por el lado bíblico. Recomendamos su lectura. Es corto, sabroso, "místico".

Ninguna hoz, ningún martillo, ni en los balcones ni en los ojalos, ni en las vidrieras. Hay algo de protección misteriosa en el aire de esta ciudad de Nuestra Señora de los Buenos Aires. ¿Habrá algún país en el mundo, aparte del nuestro que, no por sus méritos sino por la sola dimensión de la misericordia divina, se haya visto libre de estar marcado con el signo claro de la Bestia?

DIN

TRULY YOURS.

La Iglesia —forma divina universal— al informar los diversos Estados de la tierra, los conforta, en su propia razón de Estados y, al recibirlos en su seno, los estrecha también en una hermandad sobrenatural, que robustece los vínculos derivados del Derecho de Gentes. San Agustín ha escrito hermosamente refiriéndose a la Iglesia: "Tú unes ciudadanos con ciudadanos, nos, naciones con naciones, ... no sólo en sociedad, sino en cierta fraternidad". La razón de comunidad internacional de todos los pueblos vinculados en un Derecho Común, aunque, de suyo, puede tener lugar fuera de la Iglesia y en la órbita de lo puramente temporal, no puede sin embargo realizarse, en la actual condición de *enfermedad* en que yace postrada la humanidad, sin la ayuda *moral* de la Santa Iglesia. De hecho, no puede haber comunidad internacional *humana* sino en la civilización cristiana.

### La Iglesia y la civilización cristiana.

La Iglesia puede, en absoluto, existir sin la civilización cristiana. Pero la civilización cristiana no puede existir sin la Iglesia. Para comprender esto perfectamente es necesario comprender qué es propiamente la Iglesia. La Santa Iglesia es una personalidad social, cuya cabeza es Cristo. La vida propia de la Iglesia —la que le constituye tal— es la vida sobrenatural que tiene lugar, como estado definitivo en la visión, posesión y fruición de Dios en la gloria. Allí se consuma la vida de la Iglesia y hacia allí, por tanto, converge toda su vitalidad. Pero su vida que allí tiene su término, comienza efectivamente ya, aquí abajo, en la Fe y en la Caridad, por una vida estrictamente sobrenatural. El Reino de Dios o la Iglesia, aunque tiene sus instrumentos y manifestaciones visibles, aquí abajo, como es la jerarquía eclesiástica, por ejemplo, con el triple poder magistral, sacramental y jurisdiccional, sin embargo ella se desenvuelve propiamente en la sociedad de las almas por la acción del Espíritu Santo, en Cristo y por Cristo, en la intimidad de la vida divina. En esta vida, la propia y peculiar del Reino de Dios, lo temporal no tiene entrada sino transitoriamente —para los viatores en su peregrinación terrestre— y en carácter de estricto *instrumento* de la acción sobrenatural. Esta actividad instrumental de la Iglesia, aunque se desenvuelve únicamente en el tiempo —en la vida eterna no habrá sacramentos, ni jerarquía eclesiástica— no se considera ni llama temporal sino espiritual y sobrenatural, en razón de ordenarse directamente y como *puro medio* a la vida eterna.

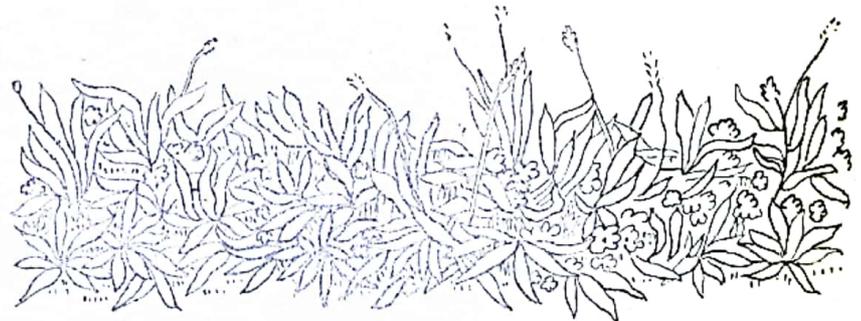
Pero, aquí se plantea esta cuestión: ¿Puede la Iglesia visible cumplir su misión sin mantener algún vínculo con lo temporal propiamente dicho, esto es con la vida del hombre, ordenada a satisfacer sus necesidades aquí abajo? Y también se plantea esta otra que viene a coincidir con la anterior: ¿Puede cumplirse la vida temporal— como humana y verdaderamente civilizada— sin un vínculo con la Iglesia?

Tanto la Iglesia para el cumplimiento de su misión que es conducir los hombres a la vida eterna, cuanto el Estado para el cumplimiento de la suya que es promover una prosperidad temporal humana, necesitan mantener un vínculo de unión. Este vínculo es tan necesario que, de derecho, no puede faltar nunca mientras dure el siglo presente y, en rigor, debe alcanzar la plenitud para que se cumpla la palabra del Salmo: "Su reino será sin límite y enriquecido" con los dones de la justicia y de la paz. En "sus días aparecerá la justicia y la abundancia" de la paz y dominará de un mar a otro mar, "y desde el río hasta los términos del orbe de la tierra." (Salmo 71).

Pero, de hecho, puede sufrir vicisitudes. Porque puede ser fuerte y reducido como el día de Pentecostés, en que sólo un grupo de Apóstoles y discípulos constituía este vínculo "a toda la tierra se difundió su voz" (Rom. X, 18), o como

en los tres siglos de la amargura de los mártires en que fué fertilizando la tierra con el fermento cristiano; puede también robustecerse como en la edad de los Padres y los Doctores por la conquista para la Iglesia de la inteligencia humana hasta alcanzar, en la Edad Media, el esplendor del triunfo, con la Institución del Santo Romano imperio por Carlomagno que selló la subordinación de la ciudad temporal a la espiritual en un reino milenario (800-1800); puede, por fin, estar sofocado bajo la dominación del Dinero, como en el mundo laicizado de la era moderna y oprimido y, en cierto modo, aniquilado como en los días de la apostasia general del Anticristo. (1)

A la Iglesia se le prometió la indefectibilidad, es cierto, —"he aquí que estoy con vosotros, todos los días hasta la consumación del siglo"— pero no se le aseguró los términos de esta indefectibilidad. Y esta indefectibilidad estaría asegurada aunque el nexo de la Iglesia con lo temporal sea débil y tenue, como en las catacumbas en que, si bien informaba la vida temporal humana de individuos y familias, no llegaba, como corresponde, a informar la vida misma del Estado.



## BALADA DE LA

En esta noche apacible y calma de marzo  
sobre las torres blancas del aire, la luna posa sus miradas absorta.  
La blanca desposada solitaria se restrega los ojos,  
sus párpados refriegan una agonía, ahoga su placidez de abandonada.  
El cielo canta y se balancea al compás de gemidos que suben de la tierra:  
Son los brotes del cilicio que ha comenzado a ceñirse el hombre descarnado.

¡Oh tierra insonmte que así das racimos de voces!  
Te sientes estrangulada y profieres gritos de sueños.  
Alzan del silencio los baldes para apagar el ruido.  
La luna flota descabellada sobre una marea de jazmines incendiarios;  
se abalanza sobre el claustro, lo cubre con sus manos de mortaja;  
le revoca el rostro y le cierra la boca de muerto.

¡Oh tierra apagada y solitaria, han emigrado de todas las voces esta noche, y cuelgan arriba como lámpara de súplica!

¡Oh noche terrible y lenta de la ignominia, que prolongas la afrentosa muerte y su desnudez!

Cómo se rien tus marciales enemigos, en su mesa de festín innominable, cómo apestan sus sonrisas!

¡Pasa luna una esponja bondadosa sobre sus rostros embotados!  
Son los artifices de tu muerte, ¡Oh tierra contemplada!

Cómo saborean su pitanza, ahitos de complacencia y trémulos regieclan  
Sus nombres ruedan al abismo como piedras de desperdicio.

Voces aparecidas hablan sobre los muros:

-- La virtud ha pasado a nosotros; guardemos la gloria en viejos arcones.

-- Los débiles son ahora fuertes; los fuertes han derramado su vigor;

# LIZACION CRISTIANA

san teólogos, como Santo Tomás y como el Pontífice León XIII, resulta claro que han querido manifestar la *unión íntima* —“trabazón íntima”, dice León XIII— como la que existe entre el cuerpo y el alma del compuesto humano y no puramente extrínseca. Por otra parte, aun prescindiendo de esta metáfora, la naturaleza íntima de esta unión surge de la *unidad misma* de la acción humana que, en razón de la unidad del hombre, no puede proponerse sino un único último fin, que debe informar todas sus acciones. Si los teólogos, al expresarse en esta materia, hablan de *subordinación* y no de *coordinación* es que exigen la unión intrínseca de dos causas —las instituciones temporales y la divina Institución de la Iglesia— en la producción de un solo y único efecto, a saber, la ciudad o civilización cristiana.

Si esto es así, como no hay sino una única Iglesia, no puede haber sino una única —numéricamente una— civilización cristiana. Porque los seres que se originan por una comunicación de forma substancial no pueden multiplicarse sino se multiplican las formas substanciales, lo cual no es posible cuando ésta es única. La Cristiandad no puede ser sino única a

través del tiempo y del espacio. Nada importa que unos Estados se substraigan a la vivificación de la Iglesia y que otros se sometan a ella; no por eso, se multiplica ni se pierde la civilización cristiana, así como, en un árbol no pierde éste la unicidad de su ser porque broten nuevas ramas y se sequen y mueran otras.

Fuera de la Iglesia, las civilizaciones podrán multiplicarse numéricamente y aun en especies, géneros, o creaciones analógicas o aún totalmente equívocas, según se multipliquen los principios de vida que rigen los diversos Estados, pero, en la Iglesia y cuando a Ella se incorporan los Estados, reciben un principio nuevo de ser y de vida, que los constituye en una nueva y única civilización cristiana. A través de los dos milenios de supervivencia de la Iglesia en el mundo, la civilización cristiana —la Cristiandad— persevera substancialmente la misma; todos los cambios que, por razón de las transformaciones humanas, se operan en los Estados, no pueden significar sino variaciones y cambios *accidentales* en la civilización cristiana misma.

Esta manera de concebir una única civilización cristiana exige que desechemos de nosotros una imaginaria *estática* y, por el contrario, la

imaginemos a modo de un organismo, impulsado por una dinámica vital, que, en las diversas etapas por las que va atravesando la civilización cristiana —no decimos la Iglesia o si se quiere decimos la Iglesia pero considerándola precisamente en esta su actividad sobre lo temporal que no agota todas las virtualidades de su ser y actividad— en estas diversas etapas —decimos— va revistiendo formas y realizaciones accidentalmente diversas que se derivan de dos géneros principales de mudanzas: las unas, derivadas de las resistencias que lo temporal —en el género de causa material— ofrece a lo espiritual y que no le permiten una total y plena actuación. Así como en un organismo, donde pueden presentarse órganos enfermos, o con traumas, producidos, no precisamente por deficiencias en el vigor del alma sino como quebrantos en el cuerpo, que impiden la plena actuación del alma. La civilización cristiana ha sufrido mudanzas, por este género de causas, derivadas de las herejías, del cisma y de los pecados del clero, de los príncipes y del pueblo; males que le han traído hasta la muerte, no precisamente de la civilización cristiana misma, pero sí de miembros, como fué el cisma del mundo greco-ortodoxo, y modernamente, el de Inglaterra, Prusia, y la defección de Francia. Estas escisiones en la Cristiandad pueden compararse a ramas total o parcialmente desecadas, cuya desaparición, o mutación, no comporta mudanza substancial en el árbol mismo.

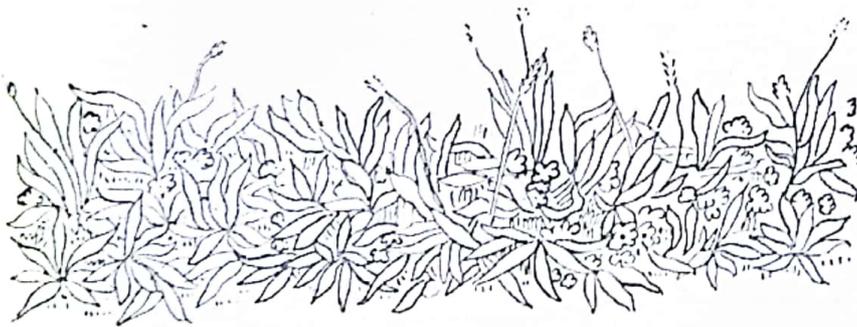
Otro género de causas, que pueden traer variación en una civilización cristiana proviene, no ya de una deficiente, sino de una misma y aún plena actuación que, al informar elementos heterogéneos, —heterogeneidad interna, por causa de las herencias históricas nacionales y culturales y de las vocaciones propias de los diferentes grupos humanos —trac también una heterogeneidad de miembros de acuerdo a la función peculiar de cada uno y también a la etapa de vida de la misma y única civilización. De igual manera que en el compuesto humano, donde una misma alma espiritual informa un cuerpo heterogéneo, con miembros muy diversos, y aún también un mismo ser con características tan diversas como los que existen en un mismo hombre, cuando niño, cuando adolescente y cuando hombre maduro o en la vejez.

Pío X ha confirmado plenamente esta doctrina de la unicidad de la civilización cristiana, tanto en *el fermo proposito* cuanto en la Carta condenatoria de los errores del *Sillon* que reproducimos íntegra el año pasado, en estas mismas columnas.

Allí dice que “la civilización cristiana no está por inventar”; que “ha existido y existe”; que “no se trata sino de establecerla y restaurarla” sin cesar sobre sus fundamentos naturales y “divinos contra los ataques, siempre renovados de la utopía malsana, de la rebeldía y “de la impiedad; *Omnia instaurare in Christo*; que ha sido fundada con “los palecimientos de millones de mártires, las luces de los Padres” y Doctores de la Iglesia, la abnegación de todos los héroes de la caridad, una poderosa “jerarquía, nacida en el cielo, y todo ello edificado, unido, compenetrado por la vida y el “espíritu de Jesucristo...” que “no hay que “desligarse de lo pasado, antes hasta anudar...” los organismos rotos por la revolución y adaptarlos con el mismo espíritu que estuvieron “animados, al nuevo medio creado por la evolución material de la sociedad contemporánea”...

*Las Cristiandades de Maritain*

Solovief habla de tres Cristiandades en Rusia y la Iglesia Universal, refiriéndose más bien a tres momentos de una única Cristiandad, en los que ésta alcanza una cierta plenitud de realización. La Cristiandad del mundo greco-romano con Constantino; la del mundo romano-germánico con Carlomagno y la tercera y última que, para Solovief, va a tener lugar, cuando se cumpla “el destino histórico de Rusia” que “es su



## LUNA DE MARZO

*el patrimonio de los grandes ha quedado como las piedras a la intemperie.*

*Sean nuestros corazones la tierra de sembradío; allí estará el lugar de la reserva y de la espera.*

Oh luna, contempla estas ruinas, cubre misericordiosa sus cenizas, acércate a nuestros ojos ciegos, lava nuestras lágrimas oscuras; alza el fúnebre lienzo de nuestros rostros y contempla la desolación y el desconsuelo.

La tierra martirizada te da sus lirios y su sangre. Guarda sus laureles pisoteados, sus músicas eternas; refúgiate oh luna tú también en el claustro, apártate del innoble contacto de sus metales destemplados.

Bordea el lupanar de sus sonrisas; retírate doncella que hasta su respiración mancha!

¡Húndanse las espadas en tierra como raíces de ignominia; purifíquense en el igneo pasado de sus entrañas y den como brotes, las calaveras de sus nombres!

¡Malditos son al paso eterno de las lunas y al rocío de cada amanecer! La tierra verá un día sus despojos en manos de los extraños; nadie osará juntarlos y se aventarán sus cenizas despreciables.

¡Contempla oh luna, esta ciudad emudecida y la tristeza de sus hijos! ¡Contempla los claustros mansos y atados ya a la irremediable servidumbre y el manantial de sombras en creciente!

¡Contempla oh luna, la tierra desposada con la muerte y sus osamentas ya resquebrajadas, bajo tu lluvia de cal definitiva!

L. DE LUMEN

ministrar a la Iglesia Universal el poder político que le es necesario para salvar y regenerar a Europa y al mundo". En la perspectiva en que formulamos estas consideraciones ninguna observación seria puede formularse a esta hipótesis de Soloviet.

No así, en cambio, a Maritain, quien, desde *Du régime temporel et de la liberté* escribe: "No hay más que una Iglesia, pero pueden existir civilizaciones cristianas, «cristiandades» diversas". Y en diversos pasajes de sus últimos libros insiste en que la diversidad de estas civilizaciones cristianas no debe considerarse como la existente entre varios individuos de una misma especie, Pedro y Pablo por ejemplo, o entre especies que se identifican en un mismo género, el animal y el hombre por ejemplo, sino más diversa aún y más esencialmente diferente como por ejemplo la diversidad que hay entre el conocimiento intelectual y el sensitivo, donde la idea de conocimiento se realiza de modo *pura y simplemente diverso*, pero sin perder su significación propia.

De acuerdo a este concepto la civilización cristiana mediogeval fué una verdadera civilización cristiana, concebida sobre "el mito de la fuerza al servicio de Dios"; la futura que él imagina, también es verdadera civilización cristiana, concebida sobre "el mito de la realización de la libertad". Pero, aunque en una y otra se realiza la idea de la civilización cristiana, esta realización tiene lugar de modo *pura y simplemente diverso*. Hay por tanto una discontinuidad, un hiatus entre aquella y la nueva. Aquella hay que enterrarla definitivamente y la nueva hay que crearla totalmente. Son dos seres tan diversos como pueden serlo el ángel y el hombre, que también, aunque son substancias espirituales simplemente diversas, realizan una y otra, propia e intrínsecamente, la noción de substancia espiritual.

No es menester que nos detengamos a exponer que esta concepción de Maritain está reducida con la tradicional que expusimos más arriba. En aquella, la civilización cristiana surge como un *compuesto* de lo temporal y de la Iglesia, donde cada uno de estos componentes entra como causa intrínseca y constitutiva. Maritain, en cambio, concibe a la Iglesia produciendo las civilizaciones cristianas como una causa eficiente que, desde fuera, produce ahora este efecto ahora aquel otro; un artista que ahora produce un artefacto ahora otro completamente diverso; o como Dios que ha producido la universalísima diversidad de seres.

Y así como en la tradición eclesiástica "la ciudad cristiana" surge de la actividad temporal subordinada a la espiritual, como un único efecto producido por dos causas estrechamente unidas, en la teoría de Maritain surge como efecto de una única causa —el Estado laico, o profano— a donde la Iglesia, desde fuera ha hecho llegar algunas influencias.

#### Una alteración de la teología católica.

Alguien pudiera pensar que "la nueva cristiandad" de Maritain se deriva, no ya de un error propiamente dicho sino de un modo de expresión, deficiente si se quiere, pero que no involucra ningún error serio, dentro de la doctrina católica. Creemos precisamente lo contrario. Nos parece que cuanto más detenidamente se estudie, más nitidamente surge, en ésta su concepción, una profunda y gravísima alteración de la doctrina católica.

Lo que es importante advertir es dónde finca con precisión el error de Maritain. Vamos a tratar de fijarlo, dentro de la mayor brevedad.

Maritain conoce perfectamente la doctrina de la Iglesia sobre la distinción de los dos órdenes, el temporal y el espiritual y de la subordinación total, aunque indirecta de aquél a éste. La ha expuesto, en toda su plenitud, en *Primauté du Spirituel* y ocho años más tarde de publicarlo aquel libro, ha rechazado en su *Du Régime temporel* (pág. 129) la crítica de que fuera aquél un "itinerario de fuga". Pero allí mismo da a entender claramente que los principios allí expuestos son verdades "supra-históricas", instaladas en "un firmamento estrellado especulativo" "tanto más majestuosas que una secreta conciencia de su ineficacia, y un secreto desoído de que queden siempre teóricas, las substraen cada vez más a la prueba de la existencia" (*ibid.*, pág. 130).

Convenido de que esos principios, así descarnados, no pueden ser ideas motrices de la acción humana, se esfuerza él por encarnarlos en un *cielo histórico concreto*, que se constituye en un "objetivo apto a ser querido plena e íntegramente, y apto también a arrastrar eficazmente hacia sí, a finalizar eficazmente las energías humanas, que tenderán hacia él de una manera tanto más viva cuanto la voluntad se la propondrá en toda su integridad" (*ibid.*, pág. 131).

Con este propósito, Maritain, rechaza aquella doctrina sobre la distinción de los órdenes, el temporal y el espiritual y de la subordinación total, aunque indirecta de aquél a éste como norma práctica realizable y la substituye por otra que, a su entender, responde plenamente a aquella doctrina, aunque concretada a circunstancias históricas determinadas y que, en la Edad Media, fué "el mito de la fuerza al servicio de Dios", y ahora debe ser "el mito de la realización de la libertad".

Pues bien, en este proceso de su reateo, se esconden gravísimos errores que aquí sólo podremos enumerar. Advertimos, de paso, lo que ya en otra ocasión hemos señalado. Maritain formula teóricamente dentro de la más fiel ortodoxia la doctrina católica. Pero luego le da una aplicación errónea que no puede, en buena lógica, y ex consequenti sino resultar en detrimento de aquella formulación teórica.

**Primero:** La afirmación de que aquella doctrina es válida como principio especulativo pero no práctico es precisamente el error de los católicos liberales como lo observan los teólogos. (Ver Liberatore, *Nuestro Tiempo*, N.º 29, pág. 32; Billot, *De habitudine Ecclesiae*, Muncunill, *De Ecclesia*, etc.).

**Segundo:** Que una mismísima doctrina, sin sufrir alteración esencial, pueda tener aplicaciones esencialmente diversas, es algo hasta aquí inaudito en las escuelas católicas. Es sencillamente un absurdo. Porque, ¿cómo es posible que B y C, idénticos con A, sean esencialmente diversos entre sí, si no se ha añadido a A una diferencia que especifique la diversidad? Y, ¿cómo puede añadirse diferencia, si A —la doctrina católica— no tiene sino un solo y único enunciado? Dirá alguno: "La diferenciación esencial en B y C viene de que uno y otro son realizaciones concretas diferentes de A". ¿Y cuándo se ha visto —preguntamos— que la con-



## PENTE

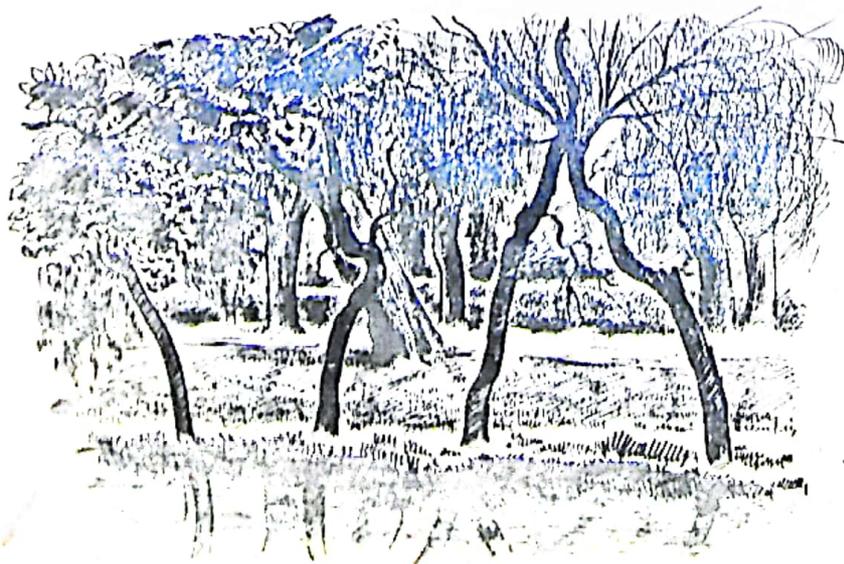
Entre las numerosas figuras que las Sagradas Escrituras y la Historia presentan del Descendimiento del Espíritu Santo sobre el Colegio Apotólico, una de las más elocuentes es la Confusión de las lenguas: quizá por ser la más acabada imagen, aunque invertida, de este gran milagro de la Gracia. Es además un hecho, consecuencia directa del Pecado Original, cuyas consecuencias permanecen indelebles en la humanidad veterada en la presunción de sus menguadas fuerzas naturales. Cada vez que los hombres pretenden por sí mismo encontrar la Unidad, la Confusión de las Lenguas alza su sombra fatídica e inutiliza sus vanos proyectos.

La Caída privó al hombre de la paz, de la tranquilidad y del orden. Como las bestias contra su dominio, las pasiones se rebelaron contra su razón, y como el desborde de los apetitos quebrantó el reposo del individuo, el desenfreno de los intereses individuales quebrantaría el orden social; por eso el homicidio manchó a la primera familia humana y los más bastardos egoísmos perturbaron a su descendencia. Rota para siempre la armonía, la división y la anarquía sentaron sus reales en la Tierra. Sin embargo, la unidad de lenguaje perduró varios siglos: hablaban los hombres unas mismas palabras y no discrepaban sobre el valor de los conceptos. Diríase que, como por inercia, manteníase en pie la posibilidad de entenderse.

Llegó pues el tiempo en que la raza de Adam fué a acampar en la tierra de Sennar y habitó en ella; "y dijo cada uno a su compañero: Venid, hagamos ladrillos, y corámoslos al fuego. Y se sirvieron de ladrillos en lugar de piedras, y de betún en vez de argamasa". Infatuados por el revolucionario descubrimiento, creyeron que con su técnica podrían construir una morada digna del hombre, que fuese prenda de unión imperecedera entre sus hijos y al mismo tiempo eclipsarse el esplendor del Paraíso; "y dijeron: Venid, edifiquemos una ciudad y una torre, cuya cumbre llegue hasta el Cielo; y hagamos célebre nuestro nombre, antes de esparcirnos por todas las tierras".

Pero el Señor, que resiste a los soberbios y sabe cuán vanos son los pensamientos de los hombres, dijo: "He aquí el pueblo es uno solo, y el lenguaje de todos uno mismo: y han comenzado a hacer esto, y no desistirán de lo que han pensado, hasta que lo hayan puesto por obra. Venid pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, de manera que ninguno entienda el lenguaje de su compañero. Y de este modo los esparció el Señor desde aquel lugar por todas las tierras, y cesaron de edificar la ciudad. Y por esto fué llamado su nombre Babel, porque allí fué confundido el lenguaje de toda la Tierra; y desde allí los esparció el Señor sobre la faz de todas las regiones".

En su comentario sobre el Paraíso, San Ambrosio, dirigiéndose a nuestro primer padre, (en cuya humanidad pecadora estuvimos todos re-



eración en circunstancias individuales puede producir diferencias esenciales? Se comprende perfectamente por ejemplo que una misma doctrina cristiana sobre la santidad se realice de maneras accidentalmente diversas pero nunca esencialmente diversas, porque en este caso habría una modificación en la doctrina misma.

De nada vale invocar la teoría de la analogía, porque ella, lejos de ayudarlo hace más imposible la pretensión de Maritain. Porque si se demuestra que el concepto de "cristiandad" no puede tener diferencias esenciales que lo diversifique en especies, se demuestra "a fortiori" que no puede ser análogo de proporcionalidad propia. Ya que la noción de analogía implica necesariamente diferencias específicas y se diferencia del concepto unívoco en que, en este, las diferencias esenciales, se separan completamente y en aquél no. Concedemos que el concepto de civilización puede ser análogo y así no vemos dificultad en conceder que dos Estados como el

portugués y el chino puedan diversificarse esencialmente; pero tan pronto como uno y otro Estado se incorporan vitalmente a la Iglesia, someten su vida a un único principio vital que es el de la civilización cristiana. La cristiandad que es una verdadera y suprema forma substancial y no meramente accidental. El concepto de civilización cristiana no puede ser análogo.

**Tercero:** Ese ideal histórico concreto que Maritain descubre en la Edad Media en "el mito de la fuerza al servicio de Dios" es odioso y falso. Odioso y falso porque quiere dar a entender que en la Edad Media no hubo libertad y se violentaron las conciencias para servir a Dios. La Edad Media trató de servir a Dios con todo lo que el hombre es y tiene, tanto en la vida privada como en la pública, pero esto debe el hombre realizarlo, siempre, tanto en la Edad Media, como en la Moderna. La Edad Media lo cumplió deficientemente porque la perfección evangélica "Sed perfectos como nuestro Padre Celestial es perfecto" nunca podrá cumplirlo plenamente ningún mortal ni ninguna civilización.

**Cuarto:** "El mito de la realización de la libertad" que Maritain fija como ideal histórico concreto de "la nueva cristiandad" es también tendencioso y falso porque pretende que sin el poder político —que es la plenitud de lo temporal— se alcance la plenitud del orden; pretensión opuesta a la verdad y a todas las enseñanzas pontificias, enunciadas especialmente en la *Divinum* de León XIII. Además gratuitamente supone que la edad moderna vive de auténtica libertad cuando en ella hay servidumbre al amparo de mentirosa Libertad.

**Quinto:** Maritain con su "nueva cristiandad" incurre en un error no menos grave que el de los apóstoles, a quienes responde el Señor diciendo: "No es de vosotros conocer tiempos o momentos" (Hechos, I, 7) porque quiere no ya conocerlos sino fijarlos. Se comprende perfectamente que el hombre, tanto individual como social, teniendo fija su mente y el propósito de su voluntad de cumplir, en la medida de lo posible, aquella doctrina fundamental de toda civilización cristiana, trate de acomodar a ella su acción, bajo la dirección de la Iglesia, en las circunstancias históricas que se le presentan. Es evidente que de ese cumplimiento, podrá salir una realización histórica concreta de la Cristiandad... pero no saldrá a posteriori. Pero entender a priori fijar esa realización concreta no es posible sin mengua de la Providencia a quien se le quiere fijar la ruta de la humano y sin mengua de aquella norma que será a priori substituida por una realización disminuida y deficiente, como es todo lo concreto.

**Sexto:** Cuán exacto resulte que toda realiza-

ción concreta, sea disminuida y deficiente, y por tanto que no pueda proponerse como objetivo de la acción humana, lo demuestra el ideal histórico concreto, propuesto por Maritain para la "nueva cristiandad" la cual encierra hoy —dice— (*ibid.*, pág. 123) el hecho concreto de la división religiosa. Si la división religiosa encerrada en el ideal histórico concreto se le propone al católico como norma directiva de su acción, se sigue que no sólo no debe esforzarse por hacerla desaparecer sino que, al contrario, debe tratar de mantenerla y consolidarla.

Finalmente ¿qué se sigue, en la realidad concreta de los hechos, de la pretensión de Maritain, con su "nueva cristiandad" sobre el mito de la "realización de la libertad", sino justificar y dar alas a la loca y desventurada tentativa del mundo moderno de querer llegar al orden, a la paz, a la cristiandad, por el camino de la rebeldía y de las libertades de perdición? Vana ilusión.

Por allí no puede llegar sino al reinado del anticristo. Allí y sólo allí va a terminar, de hecho y en concreto, la "nueva cristiandad".

El hombre moderno debe persuadirse que, si quiere alcanzar la verdadera libertad, debe convertirse de la rebeldía a la disciplina, del error a la Verdad.

Cuán a punto para deshacer las vanas ilusiones de estos arquitectos de la "nueva cristiandad", aquellas palabras de Pío X en la Carta del Sillon: "...persuádanse que la cuestión social y la ciencia social no nacieron ayer; que en todas las edades la Iglesia y el Estado, concertados felizmente, suscitaron para el bienestar de la sociedad organizaciones fecundas; que la Iglesia, que jamás ha traicionado la felicidad del pueblo con alianzas comprometedoras, no tiene que desligarse de lo pasado, antes le hasta anudar, con el concurso de los verdaderos obreros de la restauración social, los orgánicos rotos por la revolución, y adaptarlos, con el mismo espíritu cristiano de que estuvieron animados, al nuevo medio creado por la evolución material de la sociedad contemporánea; porque los verdaderos amigos del pueblo no son ni revolucionarios ni novadores, sino tradicionalistas."

JULIO MENIVELLE.

(1) Rogamos al lector preste atención al pensamiento que aquí se expone. Entendemos que el concepto de civilización cristiana —la información por la Iglesia de la vida humana temporal— no puede considerarse logrado sino cuando un Estado rector como el Imperio Romano, o un núcleo de naciones rectoras, lo adoptan, en cuanto Estado, como principio vital de sus relaciones públicas. La plenitud de la civilización cristiana se alcanza cuando el jefe de naciones lo adopta. Pero la civilización cristiana se inicia, real aunque imperfectamente, cuando la Iglesia informa la vida humana temporal del núcleo apostólico, de la misma manera que el hombre comienza a tener existencia, real aunque imperfecta, en el ovulo fecundado.

## COSTES

presentados), dice que el Señor lo puso frente a aquél para que no pudiese olvidarlo en todos los días de su vida. Otro tanto podría decirse del episodio de Babel, pues así como el hombre ha seguido alimentando la vana esperanza de alcanzar la felicidad terrenal, también el recuerdo de aquella unidad perdida ha seguido actuando en la subconciencia de naciones y de pueblos, que, envueltos en luchas sin fin, ven disiparse constantemente los espejismos que de lejos parecerían anunciarles el retorno de la paz, la tranquilidad y del orden perdidos con la Unidad.

Pues ¿cómo habría de lograrse la Unidad cuando ni siquiera hay un lenguaje común? ¿Que paz podría haber entre pueblos que ni siquiera pueden ponerse de acuerdo sobre el valor de los conceptos? ¿Qué tranquilidad podría reinar entre hombres incapaces de refrenar sus voraces apetitos? Por eso, desde los días de Babel, cuantos ensayos tentaron los hombres para edificar la frustrada ciudad han ido a parar en lo mismo: confusión de lenguas y dispersión de pueblos. Y no es por vana retórica que las Sagradas Escrituras aplican el nombre de Babel a la Babilonia (que es lo mismo) a las grandes cosmópolis que han pretendido sojuzgar a las naciones a la par que ofrecer un lugar amable de vida a sus propios habitantes oriundos de toda clase de pueblos. ¿Pues qué otra cosa son tales ciudades sino nuevas versiones, en climas y épocas diversas, de aquella ciudad y torre tan que se quiso tapar el Cielo? Paradoja terrible para el hombre, que cuando cree ya recordada la unidad, sólo consigue constatar los más radicales antagónicos.

Mas lo que no pudo lograr el Orgullo fué gratuitamente concedido a los humildes como misericordia de la Redención y he aquí que el Señor Redificó una Ciudad en los Cielos y la hizo llegar hasta la Tierra; en ella "el pueblo es uno solo, y el lenguaje de todos uno mismo; pues, una cuando cada uno conserva su manera peculiar de expresarse, nadie deja de entender la Palabra que en ella se proclama. Fué precisamente el Día de Pentecostés cuando tuvo cumplimiento el prodigio: descendió el Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego y, ante el asombro de la muchedumbre congregada frente al Cenáculo, los Apóstoles del Señor se hicieron entender a despecho de la diversidad de las naciones de su improvisado auditorio; "y desde allí los esperó el Señor sobre la haz de todas las naciones" para anunciar la Buena Nueva e invitar a todos los hombres a incorporarse a la Santa Ciudad.

Así, mientras Babel es símbolo de confusión de lenguas y dispersión de pueblos, Pentecostés recuerda la efusión de la Caridad que une a los hombres en el seno de la Santísima Trinidad haciendo de los hijos de un mismo Padre, hermanos en el Hijo, en la plenitud del Amor.

SANTIAGO DE ESTRADA.



**Guerra en la Paz.** "Paz en la guerra" escribía Unamuno, magnífico título, no es si para novela, que se puede convertir trasladando los sustantivos en una frase antipoda de rigurosa actualidad: guerra en la paz.

Está tan lejos la paz que se la divisa apenas, allá en el mundo de la ficción. Cierta, termina la guerra militar de Europa. Pero al concluir, ha concluido con todo incluso con la posibilidad de paz.

La guerra no ha sido vencida por la paz, sino que se ha postulado ante su propio exceso. Pasa la paz no renace de la guerra sino cuando la guerra muere de muerte natural.

Pero los que toman la realidad al revés, por ejemplo, los *totalistas* que maldicen el Estado, cosa que se pasan de demócratas, reducen la paz a ser simple reverso — esta negativa — de la guerra.

Se trata así de la paz como mecanismo de restricción, como una especie de policía de la guerra. Y de este modo la paz se supedita a la guerra y no la guerra a la paz.

A la deshumanización de los fines de la guerra sigue rápido la de los fines de la paz. Los aliados quieren castigar con la paz, vale decir, conciben la paz como castigo. Es el colmo, sin duda: es además el colmo de la contradicción, de la negación. Ello no les impide, ya que viven colmados, utilizar, vía Roosevelt, el evangelio de la paz fraternal en los espíritus.

Hay que convenirse de que la última perspectiva de paz política, esto es, de arreglo vital entre gentes del derecho de gentes, se ha perdido con la derrota de Europa por el tiempo que dure lo que dure, *equivale* a un *milenio*.

Esta vez la horrachera de la paz no trasciende los límites de un entusiasta derrame de bilis. Sucédanos por sucedáneo, vale.

**Rasgos.** — Cuando no detenemos con fluido respeto totémico a mirar en la personalidad del Señor General Farrell preferimos eludir la influencia, persuasiva en este caso, de las teorías evolucionistas recurriendo siempre a nuestra salvadora ortodoxia.

Aparte de esto o por esto mismo, el sucesor del Señor General Ramírez nos parece dotado de admirables rasgos. El pueblo que tan seguido no se equivoca en ciertas materias, ha visto en la haneza de opinión y camaradería del Presidente reflejarse una sinceridad a prueba de fuego, o si se quiere, a prueba de guerra. Una *sinceridad abisal*. La masa lo acompaña *in mente* al General Farrell, con notoria indignación de los niños ácratas jubilados de "La Vanguardia".

## VIDA Y MILAGROS

... día" que no conseguirán jamás demostrar que el Presidente de la Revolución es un enemigo de la democracia.

Yo lo acompaño también, pero a que nada cabe adonde, con una alforja bien provista de simpatía.

**Conceptos.** — Cumple a mi medida entera discurrir con las últimas prosas oratorias del Presidente de la Revolución.

A mi criterio, el General Farrell no debiera empeñarse en redactar. Estimo preferibles sus improvisaciones que han recorrido tanto camino en el corazón ancha de la muchedumbre.

Transcribo, como prueba a favor de la conveniencia de volver por los fueros corrientes de la improvisación, este párrafo del Mensaje de la Victoria dirigido al pueblo por el General Farrell. Es un párrafo geopolítico que parece construido en la Facultad de Ingeniería y Ciencias Exactas. Veámoslo.

"En nuestras ciudades flamean millares de banderas. Aletean como símbolo del trabajo profuso de cien razas dispares en conjunción de belleza y libertad sobre esta tierra en que florece la fraternidad y triunfa la honradez de los hombres".

¡Pero, Señor General, cuantas diversas banderas! ¡Y nada menos que *cien razas*, todas dispares, claro!

Esa conjunción debe ser muy forzada, muy antinatural, parece un exceso étnico. Doy traslado al Conde de Gobineau.

Además conmueve la instantánea honradez de todos los hombres que triunfa aquí por virtud telórica que no alcanza — ¿por qué será? — a las mujeres. Aunque si bien se mira vuélvese así incongruente el motivo principal del 4 de Junio que fué la honradez administrativa a restaurar.

En fin, la emoción patriótica del General Farrell, como la fuerza de Sansón que crecía con el pelo, crece servida por el mayor número inventable de banderas y de razas a aletear, flamear y conjugar en medio de nuestros tristes ayes de nativos.

**Competencia desleal.** — Los hombres serios tienen conciencia del peligro universal que significa, hoy más que ayer, el comunismo.

Al gran dilema movilizador de Europa, planteado ayer —fascismo o comunismo— la guerra hoy responde de un modo literalmente terminante: comunismo.

De esta suerte, o bien se desparzama el comunismo o bien el dilema era falso. Y este es ya otro dilema.

Habría que explazarlo mucho aquí; yo creo en la metempsicosis europea, en una nueva encarnación de las fuerzas antitotalitarias.

Pero, además, hay que la mentalidad aliadófila, llamémosla por este nombre, tan próxima está y tanto participa del comunismo que precisamente por eso lo neutraliza, acaso por eso se siente inmune al rojo virus leninista.

En materia de sentido comunista las yanquis son a los rusos lo que las hormigas son a las abejas, dice esto más o menos Keyserling.

Cuando yo observo a la ex derecha del país —afuera ella empieza por Churchill— servir la tendencia comunista casi me consuelo porque imagino que la regresiva gravitación de las cosas, la inercia de toda esa mano muerta de la historia, puede abrir un compás de espera capaz de detener la incisiva dialéctica de las ideas.

Aunque lo que también sucede es que la mentalidad aliadófila realiza frente a la comunista una verdadera competencia desleal al estilo de la que ejerce con respecto a las mujeres catalogadas del oficio, otras en buena situación y sin prontuario. Porque la profesión padece junto al vicio libre.

**Babel.** — Entre un colorinche de banderas, tan indecifrables ya como las marcas de automóviles, la muestra, de celeste y blanco parece un huérfano de Don Bosco.

Así la Argentina es un sueño demasiado puro, demasiado noble que no sufre el cotejo con este despertar sin nombre, sin sentido, sin medida. La Argentina necesita estar sola, vivir ensimismada para hacer examen de conciencia.

Salgo a la calle. El centro de la ciudad, adornado a lo Babel, muestra su goloso orificio — centro — internacional. También muchos peatones se condecoran con cintajos como esos que lucen bajo los cuernos los productos ganaderos distinguidos por la Sociedad Rural.

Observo que no cuelga desde los balcones la enafia roja. Evidentemente, Rusia en su carácter de única vencedora indiscutible es también la única que *no está colgada*.

Luego me digo que hoy sólo debieran asistir a la bandera argentina las de Irlanda y Portugal, invictos fieles de la paz católica, de la paz con justicia y dignidad.

Y también, pero "ad-honorem", la de España.

SANSOYO



## LA CORRECCION INGLESA

Lo temíamos, pero no estábamos seguros. Lo sospechábamos, pero no queríamos pasar de ahí. Los sabíamos capaces, pero no de tanto. Es que, sobre nosotros, como sobre todo el mundo, obraba, también, el prejuicio, el lugar común de la "corrección" inglesa. Tanto se nos había dicho y redicho y vuelto a decir que sólo estos isleños de Inglaterra eran capaces de someter pasiones y excesos a clara ristra impecable que, casi, casi, estábamos contestes en esperar que frente a la muerte vejatoria que unos milicianos asesinos hicieron padecer a Benito Mussolini, los ingleses reaccionarían conforme a su fama. Olvidábamos, sin duda, que una noción más alerta y penetrante de ciertas modalidades étnicas anglo-sajonas nos hubiera hecho percibir — tras unos usos y modales muy cuidadosamente blanqueados de fariseísmo — la hiel fría — que distingue a los sibolitos de Mr. Churchill; y nos habría, además, ahorrado el pereoso asombro

con que —buenos incautos— hemos leído recientemente en unos comentarios de actualidad que edita la Embajada Británica de Buenos Aires lo que a continuación transcribimos:

"Ningún habitante de las Naciones Unidas se lamentará si Mussolini y otros miembros destacados de la jerarquía han sido fusilados por los patriotas italianos, según parece, sin juicio previo o información sumaria alguna.

"Mussolini y sus secuaces eran culpables. Conocidos lo suficiente como para que no hubiera error posible en su identificación, merecían la suerte que les deparó el destino. Y aunque el sistema no pueda ser tomado como precedente, muchos serán los que consideren que con esta ejecu-

ción se llevó a cabo una sumaria justicia plena de rapidez y pasión que quizá falta en los tribunales, que abundarán tanto cuando se juzguen a otros muchos criminales de guerra".

Y todas estas bajezas se dicen del gobernante o, si se quiere, del dictador —y subrayamos la palabra porque es preciso que la enorme inteligencia que caracteriza a nuestros contemporáneos haga un supremo esfuerzo y entienda de una vez por todas que ser dictador no es lo mismo, pongamos por caso, que ser secretaria o profesora del Taller Santa Teresita— del dictador, decíamos, acaso más benigno que ha conocido la historia: de un jefe de Estado cuya virtud más discutible, si así puede decirse, radica, precisamente, en no haber tenido más dura la mano.

Pero allá los vencedores, con su ciego afán de acrecentar miserias y violencias.

NUESTRO TIEMPO

TRAVULLO PAGADO  
CORRECCION 2888  
CARITA BUCUCIDA  
CARRANZA 1949